

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



Separata

MJ 531 (Abril 2021)

materiales

Páginas 53-66

El camino de Jesús (II)

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ



MISIÓN
jóvenes

materiales

El camino de Jesús (II)

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ

“El camino de Jesús” es una propuesta de itinerario creyente para redescubrir la experiencia de los primeros discípulos que siguieron de cerca al Mesías. El encuentro con Él cambió sus vidas; su palabra puso luz en medio de la oscuridad y el sin sentido; sus gestos fueron abrigo para tanta soledad; su entrega sin límites les ayudó a reconocer que solo el amor es digno de ser creído. Hoy como ayer, la persona de Jesús sigue siendo el Camino por el que transitar en una existencia llena de sentido; la única Verdad por

la que vale la pena apostar todo; la Vida que nos hace hombres y mujeres más plenos. Pensado para trabajar con jóvenes, los textos que se proponen a continuación quieren propiciar el encuentro con el Maestro de la mano de los que le acompañaron por los caminos de Galilea y se quedaron con Él hasta el final. Es una invitación a visitar el Evangelio, a través de un discípulo imaginario, para identificarnos con el Señor de la Vida y hacer nuestro su mensaje. Con Él, el Reino ya está entre nosotros.

Edward Schillebeeckx en su obra “Jesús, historia de un viviente” utiliza la expresión “*itinerarium mentis*” para referirse a la búsqueda de Jesús según la propia experiencia de los discípulos en su descubrimiento del Mesías, del proyecto salvador de Dios, de su propio camino como seguidores del Maestro. El suyo fue un descubrimiento progresivo, un camino recorrido en el asombro y la expectación, entre la docilidad al Espíritu y la identificación con el Cristo. Es un camino difícil, un arduo desfiladero, una puerta estrecha que exige del discípulo apertura y combate interior, cambio y decisión, perseverancia y confianza en Dios que conduce nuestros pasos.

El pan

He perdido las coordenadas temporales. No recuerdo bien cuándo sucedieron cronológicamente los acontecimientos. Sólo sé que los momentos que te refiero fueron importantes para mí. Aunque trato de poner orden en mis recuerdos, muchos de ellos no consigo situarlos en un antes o un después sino en la experiencia transformadora que para mí significó el encuentro con Jesús por los caminos de Galilea y de Judea.

Querido Jonás, espero que tu benevolencia disculpe lo accidentado de mi narración y la falta de coherencia en la sucesión del relato no te impida percibir la trascendencia de cuanto comparto contigo.

Me ha venido a la mente el día en que Jesús dio de comer a una multitud hambrienta que lo seguía. Acababa de llegarnos la noticia de que Juan, a quien apodábamos el Bautista, había sido ejecutado por Herodes. (Semanas antes había sido prendido por arremeter contra el rey cuya vida moral no era precisamente edificante). Jesús, que había sido bautizado por Juan y con quien le unían lazos de sangre, se entristeció sobremanera y se retiró en una barca, a solas, y permaneció en oración embarcado toda la noche. Ahora estoy

seguro de que el Maestro, tras los acontecimientos del Bautista, sabía que había llegado el momento.

Al día siguiente, al desembarcar en la orilla occidental del lago, encontró una muchedumbre que desde el amanecer, habiendo oído que Jesús estaba allí, habían venido para escuchar su palabra y pedir misericordia. Nosotros habíamos contenido a la gente cuanto había sido posible pero la gente estaba enfervorecida y el número se desbordó por completo.

Jesús sintió lástima de ellos. Durante todo el día les habló en parábolas y curó muchos enfermos que, venidos de todas partes, pedían un gesto de compasión. El día fue agotador. Nosotros, los discípulos, no salíamos de nuestro asombro. Pero lo más grande estaba todavía por venir.

Al atardecer, cuando las fuerzas ya flaqueaban y el día declinaba, creo que fue Felipe quien dijo a Jesús:

— *Maestro, el día va de caída y el peso de la jornada se hace cada vez más duro. Despide a la gente. Es tarde, estamos en despoblado y tendrán que volver a las aldeas para buscar comida.*

Pero Jesús, echando una mirada a su alrededor, sonrió y dijo:

— *No los despedáis. Dadles vosotros de comer.*



Lo miramos atónitos sin saber muy bien qué decir. ¿Darles de comer? ¡Pero si era una muchedumbre inmensa! ¡Si no teníamos nada que llevarnos a la boca! La bolsa del grupo estaba más que escualida y tan sólo había unos cuantos denarios. Pero ¿qué era eso para comprar de comer para tanta gente? ¡Jesús bromea! Pensamos más de uno. Pero como en tantas otras ocasiones, el Maestro sabía bien lo que decía.

— *Hay un muchacho que tiene unos pocos panes y unos cuantos peces en un canasto* —Alcanzó a decir Andrés—. *Pero, Maestro, sólo alcanzará para un pequeño grupo. ¿Qué hacemos con los demás?*

Ante nosotros estaba a punto de ocurrir algo que jamás podríamos olvidar. Un signo que no podríamos explicar y que nos dejó perplejos y asombrados. Yo no sé qué pensarás, pero te aseguro Jonás, que cuanto te narraré sucedió ante mis ojos. Tampoco yo, que había visto prodigios, podía creer lo que estaba viendo.

Jesús ordenó que se sentara la gente. Recuerdo que en aquel lugar había mucha hierba y el día invitaba a la calma reposada a aquella hora de la tarde tras una jornada fatigosa. Recuerdo también que Jesús, antes de

pronunciar la bendición rezó en alta voz con las palabras de un salmo que conocíamos bien:

— *El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar y repara mis fuerzas... aunque pase por valles oscuros, yo nada temo, porque el Señor va conmigo, su vara y su cayado me sosiegan...*

Todos musitamos aquella oración. También yo alcancé a pronunciarla. Y sentí que el corazón se me esponjaba, que en la serenidad de la tarde, en aquel lugar, con la brisa suave que acariciaba mi rostro, el salmo estaba escrito para mí en aquel momento. El Señor me hacía recostar en la serenidad de su presencia, una presencia que reclamaba a Jesús, el pastor, el buen pastor, del que tantas veces él nos habló. Y sentí con fuerza que Dios estaba entre nosotros, que reparaba nuestras fuerzas y que su presencia, en las palabras del Maestro, sosegaban nuestras cansadas y maltrechas vidas. Era como si Dios hablara por boca de su sirvo, como si su acción salvadora —como nos recordaba nuestra historia— continuase y se actualizase en aquel profeta galileo cuya mirada subyugaba y cuyas palabras ponían confianza y esperanza en los que le escuchaban con corazón abierto.



Pero lo mejor estaba por llegar. Aquella muchedumbre hambrienta y perdida estaba expectante. Jesús pronunció la bendición sobre aquellos panes y sobre aquellos peces. Y a continuación nos dijo:

— *Repartidlos a la gente.*

El grupo de sus discípulos nos miramos desconcertados. La incredulidad ante lo que se nos proponía era evidente, pero, por su palabra, hicimos lo que nos indicó. ¡No te puedes imaginar la sorpresa! No podíamos creer lo que estábamos viendo. ¡Aquel cesto no se vaciaba! Unos y otros no parábamos de repartir aquí y allá, y siempre había más. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo... o si. Lo cierto es que aquella tarde se realizó ante nuestros ojos un milagro que ninguno de nosotros hubiera creído si no hubiéramos estado allí: 5 panes y dos peces... ¡Y hubo para todos! Sólo los hombres debían ser unos cinco mil. ¿Te imaginas? Un gran signo se hizo palpable entre nosotros aquel día y no hubo otra explicación que el poder de Dios por medio de Jesús, nuestro Maestro.

Dios *multiplicó* por la palabra de su siervo Jesús los panes y los peces ¿lo entiendes? Como en tantas otras ocasiones en la historia de nuestro pueblo, Yahveh obró maravillas entre nosotros para hacernos comprender que estaba de nuestra parte, que Jesús era su escogido y que él sería para nosotros su palabra poderosa y multiplicadora aún en medio de nuestro pecado y nuestra pobreza.

Si, Jonás, aquella tarde muchos comprendimos que el poder y la fuerza de Dios se actuaba entre nosotros por medio de su siervo. Jesús obró un signo extraordinario como los grandes profetas de Israel en otro tiempo ¿te acuerdas del *maná* que sació a los israelitas en el desierto? Pues bien, Jesús es el nuevo *maná*, el pan que sacia al pueblo hambriento de la justicia de Dios. Esta es nuestra travesía, Jonás; este es nuestro desierto. Y en él,

Jesús es un nuevo Moisés. ¡Dios está provocando un nuevo éxodo! Es la definitiva liberación de Israel, esta vez, del poder del pecado y de todo lo que nos hace esclavos. ¿Te das cuenta Jonás? Yahveh, el pastor de Israel, nos apacienta por medio de su siervo, de su profeta, de su enviado. Aquella tarde, mi querido amigo, empecé a pensar si, de veras, aquel profeta galileo no sería auténticamente el Mesías que esperábamos. Pero mi fe todavía era inmadura y andaba lejos de comprender el verdadero alcance de la persona de Jesús. Torpe y tardo para entender, me hicieron falta algunos desfiladeros más por los que atravesar en mi experiencia de fe para poder confesar a Jesús como el Señor. ¡Qué pena que no lograra captar en aquel momento que toda la salvación de Dios se posaba en nuestra orilla! Pero, no adelantemos acontecimientos ¡Ya estoy corriendo demasiado! Todo a su tiempo.

Te preguntarás qué pasó después. Pues bien, cuando todos se saciaron, todavía recogimos algunos cestos con las sobras. ¡Un milagro patente! Los discípulos no salíamos de nuestro asombro. Había quien se preguntaba qué clase de magia era aquella; no faltó quien pensó que se trataba de un truco y que Jesús no era más que un impostor; muchos otros ni siquiera se dieron cuenta de lo que había pasado; pero muchos si habíamos comprendido de qué se trataba.

Cuando oscureció, la gente se fue retirando buscando un sitio para descansar. En torno al fuego, el grupo más cercano a Jesús no dejábamos de comentar lo sucedido. A un cierto momento, Jesús se sentó con nosotros y la pregunta no se hizo esperar. Fue Tomás quien se adelantó:

— *Maestro, dime una cosa ¿qué ha sucedido esta tarde en el descampado?*

— *¿Y tú me lo preguntas Tomás?, le respondió Jesús. Dime una cosa: ¿Qué pasó en el desierto cuando Israel salió de Egipto y caminaba errante y exhausto hacia la tierra prometida?*

— *Que Moisés les dio a comer pan del cielo,* respondió sin tardar Tomás.

— *No Tomás; no fue Moisés. Fue mi padre quien les dio a comer pan del cielo.*

— ¿Tu padre, Maestro?

— *Sí Tomás, mi padre del cielo. Y él continúa saciando a su pueblo con un nuevo maná. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien venga a mí no tendrá más hambre y quien crea en mí no tendrá más sed.*

Un rumor se extendió en un momento entre nosotros. ¡El pan vivo bajado del cielo! De modo que se trataba de creer en Jesús, de saciarnos de él, de sentirnos fortalecidos con su palabra y su presencia. No te puedes imaginar, Jonás, cómo escuchamos aquellas palabras. Con la perplejidad en la mirada, con la incertidumbre en nuestra cabeza, con la expectativa en el corazón.

— ¡Maestro, danos siempre de ese pan!, exclamó Andrés.

Pero no entendió lo que Jesús quiso decir. El hijo de Zebedeo pensó que se trataba de un pan que hacía desaparecer el hambre. Andrés, y muchos de nosotros, estábamos en otra longitud de onda. No entendimos qué quiso decirnos Jesús. ¡Él era el pan de la vida! Y no supimos entenderlo. Estábamos tan fascinados por el milagro que sólo nos importaba el haber saciado el hambre de la gente con unos pocos panes y unos pocos peces. Pero Jesús estaba en otro registro. Se trata de su presencia, de su palabra, de su anuncio liberador, de su proyecto, de su vida. Todavía estábamos lejos de entender toda la hondura de sus palabras aquella noche.

Lo entenderíamos más tarde. Cuando antes de morir, la noche de Pascua cogió el pan, pronunció la bendición y dijo: “Este en mi cuerpo... tomad y comed”. Aquella, noche, como la de los panes y peces multiplicados, Jesús

quiso hacernos entender que su presencia era la vida y su palabra el pan que sacia nuestra hambre de libertad y de justicia. Pero eso, querido Jonás, te lo referiré más adelante.

El desierto

Siento, querido Jonás, que mi relato se acerca a momentos dramáticos. Sólo de pensar y revivir aquellos días me invade una tristeza de muerte. Jesús, con quien habíamos compartido el camino y la expectativa del Reino prometido, con quien habíamos avivado el fuego de la esperanza, con quien habíamos experimentado la ternura y la misericordia de Dios, había de enseñarnos todavía el arduo desfilar de la entrega y la renuncia de uno mismo. Y lo que es más decisivo, el amor hasta el final, hasta dar la propia vida por aquellos a los que se ama. Pero nuestros corazones, y se me llenan los ojos de lágrimas, no estaban todavía dispuestos a asumir semejante locura.

Aunque los acontecimientos se sobrepone y mi relato procede sin demasiado orden cronológico, recuerdo muy bien aquel sendero del desierto por el que Jesús quiso conducirnos cuando nos habló del destino del *Hijo del hombre*. Como bien sabes, el profeta Daniel había utilizado esa expresión hablando del mediador que, entre el cielo y la tierra, habría de restaurar el reino prometido desde antiguo. Jesús, amigo Jonás, no dudó en muchos momentos de atribuirse este título. El era el *Hijo del hombre*, el que había de venir, y así fuimos descubriéndolo poco a poco. Pero distaba mucho de ser el mesías guerrero poderoso cuya imagen albergaba nuestra mente y predominaba en el imaginario colectivo del pueblo.

¡Teníamos tanto que descubrir todavía! Jesús quiso conducirnos de su mano, pero nuestro corazón estaba todavía en tinieblas. Aquel día, nos condujo hacia el desierto más allá del

Jordán. Hacía un calor asfixiante. Andando por el camino, Jesús nos dijo:

— *Nadie ha subido al cielo sino el que ha descendido del cielo, el Hijo del hombre.*

— ¿El Hijo del hombre, Maestro? Preguntó Judas. *¿Y quién es el Hijo del hombre?*

La pregunta se quedó sin contestar. Pero ahora sé que Jesús se refería a sí mismo. Hacía suyas las antiguas mediaciones de la Escritura y se identificaba con aquel que, venido de lo alto debía liberar Israel. Me he preguntado muchas veces si Jesús es Dios. En aquel momento, la sola pregunta me producía un rechazo inimaginable. Sabía bien, al menos así lo creía, que Dios —bendito sea el Altísimo—, era uno solo y que era una pura blasfemia osar atribuir la divinidad a Jesús. Sin embargo, no podía dejar de preguntármelo.

¿Descender del cielo? Si Jesús había venido del cielo... ¿era Dios? En estos pensamientos estaba cuando el Maestro llamó de nuevo mi atención con sus palabras misteriosas y reveladoras a un tiempo:

— *Recordáis bien la travesía de nuestro pueblo por el desierto en tiempos de Moisés, ¿verdad? Pues igual que la serpiente de bronce fue*

elevada por Moisés y al mirarla los israelitas quedaban curados de las mordeduras de la serpiente, de igual modo el Hijo del hombre ha de ser elevado para que todos los hombres alcancen la salvación.

— ¿Qué quieres decir, Maestro?, preguntó uno de los doce.

— ¿Todavía no lo entendéis? El Hijo del hombre ha de padecer mucho y será entregado a la muerte. Ese será el signo. ¿No es ese acaso el destino de todos los profetas de nuestro pueblo?

Todos empezamos a discutir y a preguntarnos qué quería decirnos Jesús. No era la primera vez que nos hablaba de la muerte del Mesías, pero nunca lo habíamos percibido tan seguro y con tanta convicción como aquel día. Nos resistíamos a aceptar que ese pudiera ser el final. Los más cercanos a Jesús no querían escucharlo. Me contó Santiago que ya, en otra ocasión, Cefas le había rebatido con indignación una afirmación semejante y concluyó con grandes aspavientos que no lo permitirían. Pero Jesús lo echó a un lado llamándole Satanás, como si quisiera apartar la tentación de otros caminos, y siguió adelante con la mirada fija en el horizonte. Con todo



lo que sucedió después, creo —Jonás—, que Jesús sabía lo que podía pasar y estaba preparado para asumirlo.

Lo cierto es que aquel día el Maestro nos habló del desierto y de la cruz. Nuestro pueblo sabe muy bien qué es el desierto. Allí nos habló Dios al corazón y expresó su ternura y su misericordia con Israel. En el desierto nos amó Dios con un amor de libertad. En él nos condujo en la incertidumbre y el miedo hasta una tierra de promisión; en el desierto se fraguó nuestra historia y selló Dios un pacto eterno con su siervo. El desierto, la noche, la búsqueda balbuceante... han sido lugares de salvación para nosotros.

Pero el desierto es también una travesía dura y angosta, llena de miedo y oscuridad, habitada de soledad y aullidos. Como nuestra vida. No cabía, pues, esperar un camino libre de peligros y por tierra llana. No era posible un atajo o un sendero de gloria. A sus seguidores, Jesús nos anunciaba caminos difíciles y desfiladeros arriesgados, desiertos tentadores y ríos en crecida; pero nos prometía también el *maná* de su presencia, el cayado de la misericordia y la fuerza de Dios, el mar abierto por su brazo poderoso en medio de la persecución.

Quien quisiera recorrer un camino fácil, se equivocaba con Jesús. Así sucedió con muchos de los seguidores que lo abandonaron cuando descubrieron que su propuesta distaba mucho de ser un sendero triunfal. Buscar la gloria, utilizar el poder, aplastar a los demás para llegar más arriba no formaba parte de las enseñanzas del Maestro. Se trataba de otra liberación. Jesús estaba llevando a cabo otra revolución que exigía de nosotros un cambio de esquemas, una mentalidad nueva, un corazón más abierto a la realidad que estaba surgiendo.

Si, Jonás. Jesús nos quiso enseñar dónde está la salvación. No teníamos más que levantar la mirada para descubrir, allá a lo lejos, donde terminaban sus pisadas: en el monte, en el madero, en un cuerpo ultrajado hasta la náusea que musita, apenas entre labios, una palabra de perdón.

¿Recuerdas los mordidos de serpiente en el desierto cuando la travesía del éxodo? El pueblo santo renegó de Dios ante la dureza del camino. Se olvidaron pronto de la libertad recién conquistada a precio de sangre. Cansados de mirar al horizonte, sus miradas mezquinas se volvieron a Egipto, a la esclavitud, al barro, a la oscuridad de una existen-



cia dominada por el miedo y la opresión. La mordedura de serpiente es justo eso, la vuelta atrás, la renuncia a la libertad, la búsqueda de seguridades, el anhelo de la tierra protectora, la rebeldía ante Dios cuyos caminos no son los nuestros.

Dios mandó a Moisés hacer una serpiente de bronce y colocarla en un madero. Al levantar el madero con la serpiente, todo aquel que miraba la serpiente de bronce quedaba curado. ¿Lo entiendes ahora? Cuando meses más tarde el Hijo del hombre fue elevado en el madero de la cruz se realizó, por la fuerza de Dios, nuestra salvación. Todo el que mire a Jesús atravesado en la cruz encontrará la vida. A todos los mordidos por la serpiente del odio, del sin sentido, del miedo, del pecado... Dios los sana por medio de su Hijo. El nombre de Jesús ha sido colocado por encima de cualquier otro nombre y con su muerte de cruz nos ha liberado definitivamente de cualquier mordedura, de cualquier pecado, de toda muerte.

Sólo he podido comprenderlo después. La muerte de Jesús fue la clave de lectura que me hizo ver con claridad cuanto habíamos vivido junto a él. Ha sido mucho más tarde, cuando he logrado entender las palabras de aquel día:

— *Dios ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo único, de forma que todo aquel que crea en él no morirá jamás, sino que vivirá para siempre.*

El era el Hijo único de Dios. El era el que había de venir al mundo, al que Dios entregó y que se abajó hasta someterse a una muerte de cruz. Y así, querido Jonás, la cruz que es escándalo para los judíos y auténtica necedad para los paganos, se ha convertido para los seguidores de Jesús en motivo de salvación.

Si, sé que pensarás que estoy loco. Pero he experimentado vivamente la fuerza de sus palabras, la convicción de su voz, la fortaleza

de su decisión, la coherencia de su elección. Es como..., es como si por un momento el velo del Templo se descorriera y nos dejara ver, aún en penumbra, parte del misterio de Dios. Así lo he sentido. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo Jesús, de su siervo Jesús, del hombre Jesús. Es su manera de amarnos. Entregando a su propio Hijo. Sosteniéndolo en la prueba, fortaleciéndolo en el momento supremo, compadeciendo su dolor cuando entre el cielo y la tierra con un grito desgarrador clamó al Padre que lo aliviara con el rocío de su misericordia. Allí, en el madero que sostenía un cuerpo vencido y desfigurado se manifestaba todo el amor de Dios. Y no supimos entenderlo.

La cruz, lo sé, parece no tener sentido. Me dirás que es una muerte atroz, pero nada más. Y sin embargo a la luz de su palabra y de su vida, está cargada de sentido. La vida y la muerte son las dos caras del misterio del hombre, pero a menudo una y otra se explican y son consecuencia la una de la otra. La muerte de Jesús es consecuencia de su vida y sólo puedo entenderla, teniendo aún el recuerdo terrible de su cuerpo destrozado en mi retina, desde la coherencia y la libertad de su vivir, desde la ternura de su mirada y la fuerza sanadora de sus manos.

Quedaba mucho por caminar todavía. Aquel día Jesús nos señaló el final y no quisimos aceptarlo. Muchos de nosotros seguíamos pensando en cómo se produciría la liberación de Israel, en cómo el Mesías restauraría el reino de Salomón y de David, en cómo —en fin— cambiaría definitivamente la situación social y política de nuestro pueblo. Confiábamos en Jesús, sabíamos que la fuerza de Dios estaba con él, una palabra nueva y la fuerza de los signos nos aseguraban que estábamos en lo cierto. Pero nos resistíamos a pensar que hubiera otros caminos: los del sufrimiento, la derrota y la humillación.

El grano de trigo

Habíamos llegado a Jerusalén hacía unos días. La ciudad era un hervidero de gentes que iban y venían ultimando los preparativos de la fiesta. Judíos de todas partes se daban cita en la ciudad de David para celebrar el *Pesah*, la Pascua del Señor. Los días previos a la primera luna llena de primavera, día de la fiesta, cumplían el precepto de la purificación ritual como requisito imprescindible para vivir piadosamente la solemnidad religiosa.

Jesús y nosotros estábamos también allí. Entonces no podíamos imaginar cómo iba a acabar todo aquello. La entrada en Jerusalén había sido verdaderamente triunfal. Muchos aclamaron a Jesús como el Mesías y nos parecía, con cierta euforia, que el Reino se estaba haciendo realidad. La verdad es que, muy pronto, las autoridades religiosas de nuestro pueblo empezaron a recelar de aquel falso profeta de quien habían oído hablar tiempo atrás y que ahora se había atrevido a venir a Jerusalén. Su presencia les incomodó desde el principio.

Aquella tarde la tensión se hizo palpable en el atrio del Templo cuando un grupo de escribas y algunos de la secta de los fariseos le rodearon para preguntarle:

— *¿Por qué tus discípulos no ayunan?*

— *¿Por qué no cumplís con los preceptos rituales?*

— *¿Qué venís a hacer aquí? ¿No eres un profeta? ¿Pues cumple la Ley!*

— *¿De Nazaret? ¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?*

Jesús escuchaba con atención y se limitaba a mirarles desafiante. Por fin, con la energía de quien se siente muy libre, con la serenidad de quien no tiene nada que temer, exclamó señalando con el dedo:

— *¡Escribas y fariseos hipócritas! Sois como una cueva de ladrones... Parecéis sepulcros blanqueados, bien limpios por fuera, por dentro están llenos de podredumbre y muerte. ¿Cómo os atrevéis a arrojar en la espalda de la pobre gente preceptos y normas que ni vosotros mismos cumplís? Os gusta que os hagan reverencias y os saluden con grandes honores por las calles... y no sois más que pobres diablos que escondéis vuestras miserias bajo vuestras largos y lujosos mantos. ¿Es que no os habéis dado cuenta? ¡El hombre está por encima de la Ley! ¡El hombre es Señor del sábado! Dios no es como vosotros lo pintáis opresor y manipulador... ¡Dios quiere que el hombre sea libre! Convertíos porque el Reino está cerca y algo nuevo está surgiendo.*

Jesús dijo todo aquello con contundencia, sin parar... La atmósfera se hizo tensa, casi irrespirable... ¡Nosotros nos habíamos quedado boquiabiertos! No sabíamos cómo reaccionar. Recuerdo que yo experimenté una gran incertidumbre porque nunca había oído hablar a Jesús así, pero por otro lado, sentí la emoción de quien aplaude con todas sus fuerzas todo lo dicho porque expresa —de forma inequívoca— lo que habías pensado tanto tiempo y nunca te habías decidido a decir.

Se pusieron furiosos y comenzaron a increparlo llamándolo falso profeta y blasfemo. Hubieran llegado a las manos, de no ser porque estuvimos ágiles y logramos sacar a Jesús afuera. Aquella noche tuvimos que ocultarnos repartidos en casa de algunos amigos. Yo, con Salomé, Felipe, Tomás y algunos otros, recalamos en casa de Benjamín, mi pariente. Alrededor del fuego, ya entrada la noche, comentamos asombrados y algo temerosos, cuanto había sucedido. El conflicto se haría, a partir de entonces, inevitable. Tendríamos que andarnos con cuidado porque las cosas podrían ponerse feas. No podíamos sospechar hasta qué punto.



Los días siguientes tomamos nuestras precauciones. Evitamos hacernos ver en público, aunque —en los mentideros de la ciudad— muchos comentaban lo del tal Jesús y su desfachatez al atreverse a arremeter contra los del partido fariseo. Las autoridades religiosas estaban furiosas y decían que andaban buscando a Jesús para interrogarle.

Recuerdo muy bien aquellos días antes del final. La sensación que teníamos era de habernos metido en la boca del lobo. Sobre todo por que episodios como el del Templo se repitieron muchas más veces, aquí y allá ¡Y eso que estábamos prevenidos! Pero Jesús no quería eludir su responsabilidad. El conflicto con el tributo al César, las discusiones sobre el sábado, sus gestos liberadores que anunciaban un orden nuevo o el atreverse a poner en cuestión la interpretación de la Ley de Moisés fueron algunos de los motivos que pusieron las cosas al borde de un desenlace fatal.

La verdad es que no entendíamos (o no queríamos entender) que quería decir aquello que nos repitió tantas veces de lo del grano de trigo que para dar fruto debe romperse. Ahora sé que Jesús no fue un ingenuo. Vio venir el final, estoy seguro. Y a pesar de todo, quiso continuar porque, como dijo a algunos de nosotros aquella noche en la que lo detuvieron, se sentía en manos del Padre y estaba en juego la causa de los hombres.

Quiso que prepararan bien la cena. Fue en casa de Neftalí, en el piso superior. Entre todos prepararon los detalles para que resultara bien. Como si presintiera que estaba próximo el final, quiso encontrarse a solas con el grupo de los doce, como para despedirse de ellos. Me lo contó Tomás algunos días más tarde, cuando ya todo había terminado. Jesús estuvo jovial, entrañable, a gusto con sus amigos más íntimos. Pero al terminar la cena, se levantó y pidió un poco de atención. Se quitó el manto y pidiendo una jofaina con agua

se ciñó al flanco una toalla. ¡No me quiero ni imaginar la cara de algunos ante lo que estaba sucediendo! Lo cierto es que Jesús se inclinó y comenzó a lavar los pies a cada uno de ellos secándolos con la toalla. Pedro, como siempre, tuvo que dar la nota. Cuando le tocó a él, protestó diciendo:

— *¿Lavarme los pies tú a mí? ¡Ni pensarlo!*

Pero Jesús, con bondad, le respondió:

— *Si no me dejas lavarte los pies, es que no quieres nada conmigo...*

Fue entonces cuando Pedro, el cabezota, exclamó:

— *¡Claro que sí, Maestro! Si es así, lávame no sólo los pies sino las manos y la cabeza...*

Al terminar, a Tomás se le humedecieron los ojos cuando me lo contaba, Jesús añadió:

— *¿Veis lo que he hecho con vosotros? Pues si yo os he lavado los pies a vosotros... haced vosotros lo mismo unos con otros.*

Todo sucedió muy deprisa. Al terminar de cenar, los doce salieron a las afueras de la ciudad. Jesús quería orar, como tantas veces. Allí les sorprendió todo. Judas, uno del grupo, los había delatado señalando a las autoridades dónde estaban y allí se presentaron, de madrugada, con la orden de apresar a Jesús. No sé qué pudo pasar en la cabeza de Judas, lo cierto es que —consciente o no— fue demasiado lejos poniendo en bandeja el arresto del Maestro. Supongo que se arrepentiría toda su vida.

A partir de aquí los datos son confusos. Lo llevaron como a un delincuente a la presencia del sanedrín reunido de urgencia al amanecer y dicen que lo acusaron de blasfemia y de quebrantar la Ley. Pilato, el gobernador de Judea, presionado por los sumos sacerdotes lo recibió en su Palacio bien temprano. Al enterarse que era Galileo y al no compren-

der nada de los líos religiosos de los judíos, lo envió a Herodes que estaba en la ciudad con motivo de la fiesta de la Pascua. No sé muy bien qué paso en el Palacio, el caso es que terminó en casa de Pilato de nuevo, quien, finalmente, autorizó su ejecución a instancias de los sumos sacerdotes y la presión de unos cuantos exaltados.

Ninguno estuvimos con él. La noche anterior todos escaparon. Algunos no nos enteramos hasta bien entrada la mañana... ¡Todo sucedió tan deprisa! Se me heló el corazón cuando lo vi desnudo y ensangrentado camino del Gólgota; lloré impotente cuando—como tantas veces— cruzó su mirada con la mía al pasar junto a mí, desfigurado el rostro por el dolor. No pude hacer nada. No supe hacer nada. Con él, fueron atravesados también mi dolor, mi esperanza y mis anhelos más profundos.

Aquel día, el cielo se partió en dos. La tarde se hizo oscura cuando murió y en él se nos fue la vida.

Jesús pasó haciendo el bien, denunciando y combatiendo todas aquellas actitudes y situaciones que eran un obstáculo para la irrupción del reino, es decir, contra todo lo que suponía una amenaza para la vida del hombre, para su dignidad y su libertad. Una propuesta destabilizadora que inquietó a todos aquellos que vivían demasiado seguros de sí mismos y de sus tradiciones pero que alentó la esperanza en los corazones de los que anhelaban una nueva situación en la que poder recuperar el futuro que la historia y los poderosos les había arrebatado.

Aquel que dijo de sí mismo que había venido “para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10), se dejó la vida en el surco del camino y su muerte no fue más que la expresión más radical de una entrega generosa hacia la que apuntaba ya cada gesto liberador en cada recodo de la vereda.

Emaús

Santiago me contó aquella tarde el último encuentro con Jesús. El Maestro había querido preparar la Pascua con sus discípulos en casa de Neftalí. Aquella fue una cena de despedida sin que sus amigos pudieran sospechar que estaba tan cerca el final.

Después de la muerte de Jesús, estábamos todos desolados. ¡Había sucedido todo tan deprisa! No habíamos podido evitar el desenlace y nos sentíamos cobardes y desesperanzados, sin saber muy bien dónde nos iba a conducir todo aquello.

Con la mirada perdida, Santiago recordaba las palabras de Jesús: “Tomad, esto es mi cuerpo”; “bebed, esta es mi sangre”. Bajo la sombra de la cruz, con el sepulcro recién sellado, no podíamos comprender que aquellas palabras fueron la expresión de la libertad del que se siente enviado por Dios para cumplir su proyecto liberador. Jesús, ante la proximidad de la muerte, la experimenta como un “trago” solo posible de beber alentado por la

expectativa del Reino y sostenido por la fuerza de *Abba*. Al Padre rogó Jesús —rotas las entrañas— que lo sostuviera en aquel trance.

¡Qué torpes fuimos! Solo pudimos comprenderlo más tarde, cuando sucedió lo inesperado.

El atardecer se estaba haciendo insoportable. La vuelta a casa tras el desastre se hacía más dura con sensación del fracaso y la imagen de aquel hombre destrozado todavía en la retina. Emaús no quedaba lejos de Jerusalén y sin embargo ¡qué interminable aquel camino! Nunca hubieran imaginado que todo acabaría así. Atrás quedaban expectativas, sueños de un futuro... Lo cierto es que Cleofás y Josué se volvían a casa derrotados, porque todo se había truncado con el golpe seco y certero de la muerte del Maestro.

Cuando volvieron a Jerusalén al día siguiente, estaban fuera de sí. Parecían enloquecidos y sus palabras causaron estupor en muchos de nosotros.

— ¡Hemos visto al Señor!

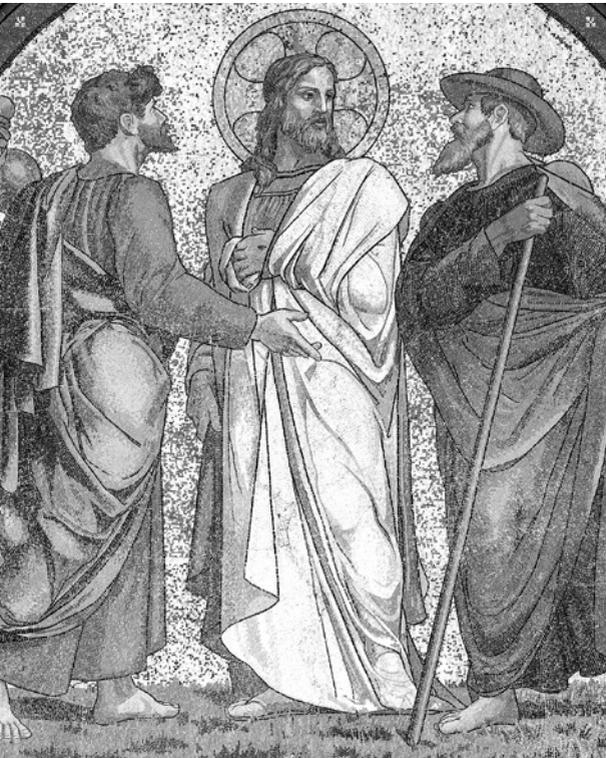
— ¿Qué estáis diciendo!, exclamó Santiago...

— ¡Hemos visto al Señor! Lo hemos reconocido por el camino... ardía nuestro corazón con su palabra y ha partido con nosotros el pan ¡Era él! ¡Estamos seguros!

— Pero, ¿estáis locos?

A todos nos pareció que estaban fuera de sí. Algunos no les hicieron mucho caso y decidieron continuar con su trabajo. Todo comenzó verdaderamente a cambiar cuando esto mismo empezó a repetirse muchas otras veces...

Pedro, Juan, Magdalena, el grupo de los doce... ¡Todos afirmaban que Jesús estaba vivo! Era verdaderamente desconcertante... El sepulcro donde habíamos dejado a Jesús estaba vacío y no encontramos su cuerpo. Todos afirmaban haber visto al Maestro vivo, sentido ante las brasas en la orilla del lago o en



medio de los apóstoles en la casa de Santiago.
¡También yo lo vi!

— *No tengáis, miedo... ¡Estad alegres! ¡Paz a vosotros!*

Nuestro encuentro con el Señor fue real, no estábamos locos... ¡Resucitó Cristo, mi esperanza!

Sólo entonces comprendimos quién era Jesús, el Hijo de Dios, Salvador. Recuerdo aquellos acontecimientos como los momentos más luminosos de mi vida. A todos aquellos que habíamos compartido con Jesús la

pasión por el reino de Dios; a todos los que habíamos alentado nuestra esperanza en su mirada limpia y habíamos partido el pan con él tantas veces; a los que tras la muerte del Maestro en la cruz volvían a su aldea resignados a que todo hubiera acabado, a todos nosotros, el encuentro con el resucitado nos abrió los ojos (*Lc 24, 31*). Una experiencia creyente, un auténtico acontecimiento de salvación acogido desde la confianza en un Dios que no abandonó a su siervo en los lazos de la muerte.

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ

¡Dios ha estado grande resucitando a Jesús de entre los muertos! Arrancándolo de los lazos del abismo, Dios *da la razón* a Jesús y a su mensaje de liberación. ¡Él mismo es el reino nuevo! La fidelidad de Yahveh, tantas veces hecha historia en la memoria del pueblo, se ha hecho plenitud en su hijo resucitado y ha hecho comprender a los hombres que el mal no puede prevalecer sobre el bien.

La experiencia pascual significó para los discípulos la “cima” desde la que poder comprender todo el acontecimiento de Cristo y —desde él— toda la historia de la salvación entretejida, desde la noche de los tiempos, en los avatares del pueblo de la promesa. Jesús, el Señor, es la plenitud de los tiempos (*Gal 4, 4*) y con él sella Dios una alianza definitiva con los hombres. Iluminados por la presencia del Viviente y abierto el corazón al don del Espíritu (*Hch 2, 1-6*), los seguidores del Maestro anunciarán a todos que aquel que fue ajusticiado y muerto en la cruz, Dios —con brazo poderoso— lo ha constituido Señor de la historia.

Esta es la experiencia de aquellos discípulos asombrados y atónitos. Los textos del Nuevo Testamento sobre la resurrección no hacen más que tratar de transmitirnos a través de expresiones paradójicas lo que ha sucedido con Jesús, con quien se han encontrado en su propia historia en su nueva condición de resucitado. Esta era la certeza que anidó en el corazón de los creyentes: Jesús está vivo y su vida es plena y definitiva. ¿Qué significado para la comunidad de los discípulos de Jesús?

La muerte y la resurrección de Jesús son un nuevo éxodo, un nuevo abrirse de las aguas del Mar Rojo que hizo surgir a Cristo de la oscuridad y la tiniebla y lo condujo al reino de la vida por la fuerza del Espíritu (*Rm 1, 4*). Es la Pascua, el “paso” del Señor que conduce con él a todos los que anhelan un futuro más pleno. Y el futuro, en Cristo resucitado, es el futuro de Dios.

Disponible en nuestra web

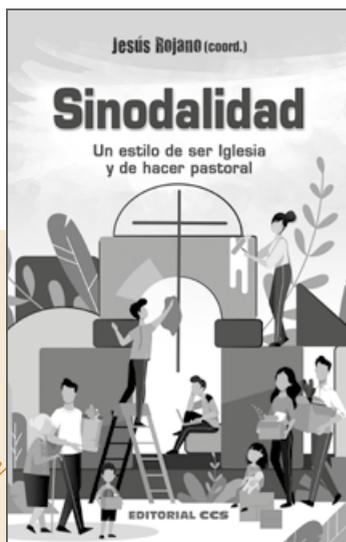
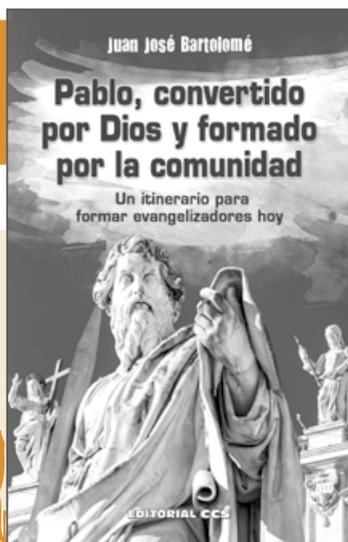


*Entrega por agencia en 24 a 48 horas en capitales de provincia.



Títulos Recomendados Colección **Agentes PJ**

Novedad



www.editorialccs.com

✉ Calle Alcalá 166. 28028 Madrid ☎ 91 725 20 00 @ sei@editorialccs.com

@EditorialCCS

facebook.com /EditorialCCS